

CAPÍTULO V.

Hacem procedió en esta sumisión de los rebeldes con la exactitud completa de mirada y la fuerza incontrastable de voluntad que constituían la compleción material de su cuerpo y el carácter moral de su alma. Con la misma facilidad que había en aquellos momentos avasallado á los rebeldes presididos por Gezar, avasalló también más tarde á los rebeldes presididos y encabezados por Illán. Éste, abortido y atónito en contemplar á la mujer que adoraba, no se había curado ni del sitio donde consiguiera tanta ventura, ni de los peligros encerrados en lo extraño y supremo de su terrible situación. Ver á Isabel fué todo su anhelo, y después de haberla visto, hablar con ella de la fuga primero, del arribo al patrio suelo después, y por último de la casa que debían erigir y de la familia que debían fundar en los mismos sitios consagrados para ellos por la tradición y bendecidos en su memoria por la solemne sombra

de sus padres. Illán, que había visto el fácil acceso al misterioso apartamiento de Zoraya, deslumbrado, como todos los infelices heridos de grandes irreparables desgracias, por aquella súbita luz de felicidad inesperada, creíala eterna; y se preparaba, sin curarse de los peligros más ó menos remotos, al goce de la buena ventura y al absoluto y constante olvido de la mala. En vano la realidad se le debía ofrecer en toda su terrible desnudez, enfriando aquellas encendidas ilusiones y aquellas improvisadas esperanzas. Cosa difícil salir del intrincado laberinto que forman los palacios orientales; burlar el celo y el recelo de múltiples guardias; descorrer los cerrojos de un serrallo; atravesar aquellos muros abiertos de tarde en tarde y de lejos en lejos por muy raros portillos y muy escasas puertas á cuyo ingreso y entrada se veían siempre hierros incontrastables y espesísimas verjas; recorrer todo el reino granadino por estrecho que fuese; llegar hasta unas fronteras azotadas por la guerra de continuo y tras las cuales había que levantar un castillo, grande fortaleza, por las competencias de aquella sociedad guerrera completamente arruinado y roto.

En verdad el mayor obstáculo, que se oponía en aquel momento á los planes de Illán y la mayor dificultad que debía superar su arrojo, estaban en la indiferencia irremediable de Isabel, quien allá en sus adentros, embargada por las inclinaciones hacia el moro sentidas, ni enardecía el ánimo de su compañero, ni cooperaba con el necesario entusias-

mo á sus fines santísimos, ni tenía grande prisa por salir de aquel sitio donde la hechizara el amor. Cuando Illán hablaba de la patria, de la Iglesia, de la familia cristiana, del suelo natal, aún solía Isabel experimentar los afectos enlazados naturalmente con toda su vida, que formaban como parte íntima de su alma. El suelo, el blasón, el Dios de sus mayores, el templo de sus sacerdotes, el timbre de sus privilegios, todo esto la exaltaba y por todo esto se hubiera partido indudablemente de allí aun á costa de sacrificar su corazón y en su corazón el amor. Pero cuando veía que por promesas antiguas más ó menos espontáneas, por analogía de situaciones más ó menos claras, por los primeros pasos en la carrera del cautiverio después del infortunio, por los abrigos dados en su corazón á las esperanzas de Illán, podía éste imaginarse y aguardar un amor correspondido, espantábase instintivamente Zoraya y comprendía que si en mucho su estimación apreciaba á Illán, el mártir de su deber, no lo querían de ningun modo sus varios é íntimos sentimientos como debe aquí en el mundo quererse al esposo y al amante. La comparación indeliberada entre el repentino dominio que tomó Hacem de su corazón aun contra su conciencia, y de lo mucho que de Illán su propio corazón la separaba, siquier forcejase contra tales inclinaciones la conciencia en su intimidad y en su interior, esta comparación había dicho sobradamente cómo el moro se había llevado su alma y no había podido llevársela el cris-

tiano. Isabel se revolvía contra sí misma, lanzaba gritos de angustia requiriendo un auxilio del cielo á su debilidad, miraba tras las satisfacciones de aquella pasión el deshonor de su nombre con el anatema de sus padres, y no podía, sin embargo de todo esto, desamar al amado, ni amar al desamado. Pocas veces en la naturaleza humana se había visto con tanta claridad ponerse de un lado, patria, familia, honra, nombre, tradición, creencias, fe, mientras del otro lado se ponía solamente la fuerza del amor, contrastando esta fuerza única, todo lo que se hubiera creído más incontrastable y venciendo todo lo que se hubiera creído más invencible. No se conocía Isabel á sí misma, cuando todas estas cosas pensaba. No conocía ni su propia voluntad, ni su propio pensamiento. Imaginábase que allá, en el haren, la habían por fuerza cambiado, trastrocando su alma en los momentos de aquel sueño letárgico semejante de suyo al sueño de la muerte. Mirábase, palpábase; y veía por experimentación verdaderamente irrefragable, por voces de su conciencia verdaderamente irresistibles, que su alma y su cuerpo formaban la misma persona de otros tiempos, persona en todo consustancial consigo menos en el amor, pues ella, cristiana, hija de mártires, verdaderamente española por su temperamento y por su educación, había entregado los tesoros más apreciables de su sér y los recuerdos más vivos de su alma, nada menos que á un moro avasallador contra todos los mandamientos de su

voluntad y contra todos los clamores de su conciencia. Luchaba con el cielo, y luchaba consigo misma, pero no podía vencer aquella fuerza invencible superior en todo al resto de sus fuerzas y que la tenía como enajenada de sí propia y puesta completamente á la merced arbitraria de un amor tanto más imperioso, cuanto menos racional y legítimo. Hé ahí el estado de conciencia y de ánimo en que Isabel se hallaba cuando el desarrollo natural de los sucesos diera como las apariencias de un sacrificio á lo mismo que resultaba realmente deseo y deseo incontrastable de su conturbado corazón.

Hallábanse Illán y Zoraya en la parte de coloquio referente al modo y manera de ganar las líneas fronterizas á Granada y acudir al castillo de Martos, cuando se oyó una grande algazara.

—¿Qué pasa por ahí?—preguntó Zoraya.

—No será nada—respondió tranquilo Illán que no recelaba ningún caso adverso tras la felicidad con que había conseguido acercarse á la presencia de su amada y de partir con ella tras tantos días de increíble separación y apartamiento.

—No asegures que nada sucede aquí en los palacios árabes, donde pasan á la continua y con tan grande regularidad cosas bien extrañas y bien extraordinarias por lo impensadas y por lo súbitas.

—Déjame de tales aprensiones. Cuando estaba como un cadáver encerrado en el vientre de la tierra, no podía imaginarme siquiera que viniese

como un milagro esta resurrección y que pudiera encontrarme frente á frente de un sér tan amado como tú, ángel hermoso, á quien creía no tornar jamás á ver sino entre los celajes del sueño. Después de todo cuanto nos ha ocurrido, créelo, Isabel, créelo, ya no puede ocurrirnos caso ninguno adverso, por haberse cambiado completamente nuestra estrella y haber Dios grabado otro signo más favorable á nuestra suerte allá en la inmensidad de los cielos.

—Illán—dijo Zoraya en quien se conservaba más cristiana la inteligencia todavía despues de caer en las tentaciones de aquel amor sacrilego,—Illán, tu inteligencia se ha contaminado con la inteligencia de tus compañeros en el cautiverio y hablas como si fueras moro. No, no rige por signos más ó menos luminosos nuestra vida, no está escrita en caracteres de fuego nuestra historia por los espacios inmensos. Con la oración, podemos interesar á Dios en nuestro pro para que nos mande su gracia y nos acorra con su auxilio. Si el secreto de nuestro destino se guardara en los archivos de la eternidad, inscrito por una voluntad omnipotente y de un modo irrevocable, nada valdrían las oraciones nuestras y nada conseguiríamos en nuestro pró con actos meritorios y con el ejercicio de las grandes virtudes. Cree tú en nuestro Dios, y ten la seguridad completa de que hasta en los calabozos más hondos, y bajo los hierros más incontrastables, guardas y conservas tu libertad, y puedes obtener por tus oraciones

que Dios mismo esté á tu lado y te acorra y te sostenga con su misericordia.

—No me arguyas así. Empleé un modo de hablar como cualquier otro; pero sin darle fuerza ni alcance teológico. Harto sabes que voluntad, conciencia, entendimiento, razón, todo lo que hay en mí, pertenece á Dios, cuyo soplo vivificador me ha inspirado hasta la santa pasión que por ti siento y que reconozco y estimo uno de los mayores timbres da mi alma, como uno de los más vivos goces de mi vida.

—Pero, Illán, mientras nosotros departimos aquí, algo extraordinario sucede á nuestro alrededor. ¿No sientes esos clamores que provienen de pechos enrojecidos por la ira y esas vibraciones de armas que resuenan como los estruendos siniestros de un verdadero combate?

—Isabel, suceda lo que quiera, mientras no llegue á nosotros.

—¿Y quién te ha dicho que no llegará?

—La suerte, favoreciéndome con su auxilio hasta traerme á este sitio.

—Fija Illán tu atención observadora en los ecos varios que nos trasmiten estas paredes.

—No adelantemos los casos adversos antes que sucedan.

—Pero quizá tu intervención podría evitar algun mal á ti ¡oh Illán! y á los que se han acercado aquí á este sitio contigo.

—Mi gente se halla con seguridad bien apercebida, y yo por mi parte no me moveré, Isabel, de aquí

hasta tener convenidas las últimas particularidades indispensables á nuestra próxima fuga.

— ¡Fuga! — murmuró entre dientes Zoraya.

— ¿Qué dices? — le preguntó Illán.

— Digo que...

— Dí pues.

— Digo, que la fuga es cosa bien difícil.

— Creete que no hay dificultad invencible para un corazón resuelto.

— Estas paredes hablan.

— Que digan cuanto quieran después de habernos marchado nosotros.

— Estos pavimentos se hallan preñados de abismos.

— Que saltará nuestra voluntad cuando quiera.

— Nada tan receloso como el centinela musulmán.

— Pero nada tan fácil de huir y esquivar cuando hay la resolución de huirlo y esquivarlo. Levántate y sígueme.

— No podemos irnos así con tanta impremeditación y con tan escasa cautela sin exponernos á un terrible tropiezo.

— La voluntad vencerá los obstáculos.

— Si la voluntad tuviese la fuerza que tú crees, no estaríamos aquí nosotros ni un minuto, porque nunca hemos querido estar y sin embargo estamos.

— No me dirijas tales reflexiones.

— ¿Por qué te molestan?

— Por ser tuyas me agradan como todo cuanto proviene de ti.

— Entonces.....

— Me molestan, porque me parece que no tienes fe, no, en la salida venturosa de todos estos laberintos y en el inmediato logro de todos nuestros titánicos esfuerzos.

— Desengáñate Illán, cuando se ha padecido lo que padecemos nosotros, no se cuenta con la buena ventura, y se necesita el abono y la confianza de mayores cautelas.

— Pero cuando se ha caído tan bajo como aquella mi antigua mazmorra y se ha llegado tan alto como á este camarín ¡ah! no se duda de nada.

— Cuán pronto se dan á triste olvido las más negras desdichas.

— Lo peor de ellas sería que te diesen tanta desconfianza de la prudencia y tanto terror á tan buenas acciones como la de huir este cautiverio, y reedificar allende la frontera el castillo de nuestros padres.

— Acuérdate de lo sucedido á tal seguro, aunque lo defendían brazos tan atrevidos como tu brazo y lo escudaban pechos tan fuertes como tu pecho.

— Sí, pero Dios se cansa de atribular á los buenos alguna vez.

— Perdimos en solo un día el castillo que parecía inexpugnable por fundado sobre huesos de mártires, y la iglesia que parecía invencible como guardada por alas de ángeles.

— Sí, lo perdimos todo; pero todo lo recobramos. También habían perdido nuestros padres el territorio nacional y parecía que no estaban habili-

tados para de nuevo ganarlo cuando en la cueva de Covadonga, un viento del cielo sin duda hizo que las flechas infieles se volvieran á una contra los mismos que las asestaran y cayeran derribados sin vida y sin alma en el suelo que parecía pertenecer á sus conquistas.

—Sí; yo de Dios no dudo; yo dudo de los hombres. No desconfío del cielo; desconfío de la tierra. Si ahora hubiésemos de morir tú y yo, creo firmemente que tras nuestro martirio, y por razón de nuestras mismas desgracias, Dios nos acogería en su regazo y se habrían concluído para siempre tantas horribles penas. Pero desengáñate, cuando hemos de pisar tierra por tantas espinas erizada, y hemos de contender con gentes por tales y tan feroces odios movidas, y hemos de arrostrar las inclemencias de los elementos adversos con las inclemencias de tantas almas terribles y contra nosotros airadas, hay muchos y muy fundados motivos de tristes é inevitables recelos.

— Vuelvo á repetirte que tras lo acaecido en estos últimos días, con mi encierro en las mazmorras y mi resurrección aquí, no concibo dificultad que no se allane, resistencia que no se rinda, obstáculo que no se supere por una voluntad inquebrantable.

Y mientras Illán se daba con tal abandono á su confianza verdaderamente ciega en lo porvenir; y gozoso con el encuentro de su amada Isabel parecía olvidar cómo estaba en aquellos momentos mismos á la cabeza de una rebelión formidable, y por ende

metido en los empeños de una guerra dudosa é incierta; mientras todo lo veía risueño y próspero en la reanimación de sus esperanzas, al soplo tibio de la inesperada ventura que convertía en risueña primavera llena de flores ó de ilusiones su vida próxima y su próxima suerte; mientras así lo esmaltaba todo tomando por luz un relámpago, moría su compañero Gezar en las gradas mismas del trono de Hacem; y mandado por éste se apoderaba el favorito Venegas de las huestes mismas de Illán, y resolvía con la celeridad del rayo limpiar de gentes extrañas el palacio y volver corte y ejército á su primitiva normalidad por medio de tremendos castigos que procuraran horrorosos escarmientos. Cambiada la dirección de los sucesos, y siguiendo estos nuevo curso tan distinto del antiguo, no hay para qué decir cómo la realidad se volvería turbia, en tanto que las esperanzas de Illán se volvían cada vez mucho más dulces y mucho más risueñas. Venegas corrió del salón donde la palabra y el gesto de Hacem habían logrado tan espontáneo triunfo á la galería donde se hallaban apiñados los últimos rebeldes puestos en olvido por la súbita é inesperada felicidad de Illán, quien ya no quiso, encontrada Isabel, ninguna otra cosa que ver y oír á su amada, en la enajenación de su éxtasis. Dominados como era natural los menos, ya sabedores del desastre ocurrido á los más, Venegas cogió varios amotinados y fué con ellos á escudriñar los rincones del palacio para que no quedase rebelde

alguno fuera de los alcances de su justicia y de los escarmientos de sus castigos. Ya lo tenía todo registrado con esmero y limpio de vencidos en totalidad, cuando uno de los más amenazados por el castigo delató á Illán, refiriendo, además de la parte por él tomada en la sublevación, sus antecedentes cristianos y hasta sus condiciones particulares de compañero en la cautividad y en la desgracia de Zoraya, sin olvidársele ni mucho menos en tal relato el amor á esta profesado y por ella correspondido. No se atrevió Venegas, aun después del relato, á penetrar en la estancia de Zoraya sin permiso de Hacem. Mas faltóle tiempo, aun ya sabida la historia, para ir y contársela fielmente á su enamorado señor. Como todos los renegados, Venegas aborrecía mucho de corazón á los cristianos fieles, á los cristianos leales, á los cristianos héroes y mártires de su fe. Así puso, á fuer de taimado, empeño en provocar los celos del Sultán y exacerbarlos con verdadero exacerbamiento. Hacem, que todavía se conformaba con los desdenes de Zoraya cuando los creía inspirados por su fe religiosa, montó en cólera increíble al verlos inspirados por otro amor con el cual no contara en su empresa de rendir á Zoraya.

—¿Cómo?—exclamó—¿ama esa mujer á otro y el afortunado vive todavía, cuando mi cólera se ha parecido en lo asoladora y fulminante al rayo de las nubes?

—Y conviene que viva—dijo Venegas.

—¿Cómo que conviene? Entre tus achaques te aqueja uno capitalísimo, el de mirar siempre las ideas y las cosas al revés de como yo las veo. Mi cólera es una chispa de fuego celeste que cae y mata con celeridad incalculable.

—Pero á tu cólera debo yo añadir mis atemperantes, cuando los creo dirigidos á procurarte mayor bien y dictados en tu servicio.

—Después de la suerte que le ha correspondido á Gezar.....

—Dispensa que te interrumpa; debe corresponderle otra suerte á Illán.

—¿Al que no agradece mi generosidad que le ha dejado la vida y el sér? ¿Al que metido y enterrado en las mazmorras de mi Alhambra se conjura contra mi autoridad? ¿Al que ama lo mismo que yo amo y todavía no ha muerto? ¡Oh! Está en su habitación, quizá en sus brazos...

—Repórtate Hacem. Desconoces el soberbio natural de toda castellana y la confundes con los fáciles juguetes de tu haren. Ellos no caerán uno en brazos del otro aunque se hallen solos en el campo, y se amen como un mozo galante ama por ley natural á una joven hermosísima, sino después que su Dios haya bendecido y su religión legitimado ese amor.

—Entonces no me queda en el mundo á mí ninguna esperanza más que morir abrasado en este devorante fuego en que me quemo ahora.

—Imposible lo cree uno verdaderamente, cuando

se considera la mujer en cuyos hechizos has caído y la religión á que pertenece.

— ¡Oh! rabia—exclamó Hacem desesperado.

— Mas para vencer estos imposibles hay recursos, y sobrados, en la humana inteligencia.

— ¿Qué recursos? Déjame de recursos. Para salir de todo esto, no queda otra puerta sino la violencia. Déjame pues de recursos.

— La sangre se ha subido á tu cabeza y te ha velado los ojos. No ves por ende con la debida claridad todo lo que yo veo ahora en este momento. Illán es un recurso.

— ¿Cómo?

— No te ofendo, Hacem, no, con la sospecha de que á tus años y á tus desengaños has llegado á concebir por Zoraya una de las grandes pasiones que no se creen satisfechas en el tiempo y aspiran á la eternidad. No te ofendo con la sospecha de creer que deseas, además de la posesión del cuerpo, la posesión del alma de Zoraya.

— Será todo lo triste y ofensiva que tú quieras la sospecha, pero no sospeches que estoy como un vellaco de rendido y absorto en el amor á Zoraya. Créelo, porque así es verdad; créelo porque siento una pasión que no podía yo concebir se llegase á sentir jamás en las estrecheces del humano corazón y en las tristes asperezas del mundo.

— Pues bien, sea como quiera, lo primero, que debemos procurarnos, la satisfacción de tal amor, sin cuya satisfacción para ti no hay paz en el mundo,

exige una cosa en esta presa de Illán, venida en tan favorable sazón á nuestras manos.

— Di lo que todo esto exige, y acaba pronto.

— Que lo cojamos como una prenda, y amenecemos no soltarlo, sino después que haya satisfecho Zoraya tu pasión y entregádose á tu arbitrio.

— Empiezo á ver claro.

— Amenazarémos á la cristiana con matar al cristiano si no se rinde á tu deseo y á tu deseo se rendirá; créelo.

— ¡Oh!—exclamó Hacem enamorado de todos los caminos que condujeran al inmediato logro de su pasión y complacido con la idea de Venegas.

— Ya ves como no era tan descabellado el propósito ni tan loco el intento de éste tu siervo.

— Pero hay una dificultad, vizir, muy grande, que trastorna todos mis planes y contrasta todos mis propósitos.

— ¿Cuál? Díla pronto.

— Yo no quiero que sepa Zoraya quien soy.

— ¿De veras? ¡Y yo que creía tal noticia conducente á la derrota de sus resistencias y á la victoria de tu amor!

— Me tendrás por loco y mereceré tal juicio.

— Vamos, habla, concluye tus explicaciones.

— No quiero yo que Zoraya venga tentada por el demonio de la ambición á mis brazos, quiero que venga por el impulso incontrastable de su amor. Así deseo ardientemente su completa ignorancia de mi cargo, de mi estirpe, de mi dignidad, y alte-

za, de la corona que llevo, del nombre que me honra y me coloca en la categoría de los soberanos del mundo y me da eminente dominio sobre las criaturas.

—Pero dime, y perdona si resultan de mis observaciones cierto cargo de insensatez á ti.

—Habla como te pida el gusto. Yo he moderado siempre, y ahí está para mostrar mi aserto la duración de mi reinado, el silencio público de mis vasallos con la libertad entera de mis favoritos. Por consecuencia, no te recates y dime con libertad todo cuanto pueda verte ahora y con motivo de mis caprichos á las mientes.

—Recapacita un poco y caerás de acuerdo conmigo. Zoraya se ve hoy en oriental palacio, circuida por las riquezas mayores con que puede soñar el humano desvarío, de consiguiente creará por fuerza, por necesidad incontrastable un soberano y un soberano poderosísimo á su pretendiente.

—Crea lo que quiera, siempre habrá una diferencia grandísima entre la sospecha y la certidumbre. Muchos príncipes de la sangre hay que viven quizá con tanto lujo como yo. Además, no quiero que sepa como aquel que ganara su castillo é inmolará en el asedio á su padre, ahora es el rendido amator solicitante de sus incomparables favores. Si después de alzarse nada menos que la distancia existente hoy entre la iglesia y la mezquita se alza entre nosotros la sombra del padre inmolado por mí, créelo, Venegas, y no me juzgues insensa-

to, los obstáculos crecerán y menguará mi esperanza.

—En esta segunda consideración me pareces más justo y más acertado. En lo demás, poco aguda y penetrante resultaría en mi concepto la inteligencia de Zoraya, si no comprendiese cómo la requiere de amores un potentado de primera categoría en Granada.

—Piense lo que quiera respecto á mí con tal de que no lo sepa en modo alguno á ciencia cierta. Casarse con moros principales cosa es que han hecho desde las hijas de los reyes hasta las bastardas de los obispos castellanos. La riqueza no tiene los atractivos del poder, siquier sea porque la supone á su vez el poder político entre sus prerogativas, entre sus fuerzas, entre sus privilegios, entre sus prestigios. Cualquiera es rico, pero no es cualquiera en este mundo rey. Además, ¿quién sabe todos los recónditos senos de un alma? ¿Quién sabe si al conocer Zoraya mi dignidad y mi cargo, se atrevería, llamada y atraída por múltiples razones á fingirme un amor que no sintiera y precaverse de mi confianza en su persona y de mi abandono en su lecho para cercenarme la cabeza y lanzarla sobre las fronteras de mi reino á las plantas de sus altivos reyes? Créeme, la ignorancia de Zoraya respecto al cargo y dignidad que yo ejerzo podrá parecerle lo caprichosa que quieras, pero está fundada en mi conocimiento del corazón humano y en mi experiencia de las muchas desgracias y desventuras

que acompañan irremisiblemente á los reyes en la mísera condición humana.

—Voy viendo que tienes razón.

—Y tanta.

—Mas considera una cosa, que al apresar ahora la persona de Illán, debemos por algún modo mostrar que disfrutamos sobre tal persona derecho de vida y muerte, pues resultarían si no ridículas nuestras amenazas.

—Hay medio fácil de cohonestarlo todo.

—Pues tú, que lo has arbitrado, tú dílo; Hacem, dílo en buen buen hora.

—Te diré. Todo el mundo sabe cómo el poder se divide y reparte y distribuye, siquier parezca uno entre innumerables personas en los palácios nuestros.

—Es verdad.

—La naturaleza misma de las cosas hace que no tengamos esa indivisible unidad absoluta de poder que nuestras leyes y nuestras costumbres inútilmente nos decretan.

—Es verdad.

—De consiguiente, un favorito, un ministro, un vizir, un privado, puede tanto y á veces más que un Sultán aquí entre nosotros.

—También es verdad.

—Preséntate pues allí en la estancia, y á fuer de vizir, díle que condenas á muerte el cuitado Illán y arráncalo sin piedad á la estancia donde tanta felicidad respirará en este momento y condúcelo á la

más fría y oscura y sepulcral mazmorra. Tú podrás decir que por castellano y por católico te reservas el goce de infligirle una pena que merece quien no ha procedido como tú procediste al entregarte á la religión de Mahoma y al reconocer como verdadera patria tuya nuestra hermosísima Granada, la bendita de Dios. Y luego le dices á Zoraya que si quiere la vida del compañero y del compatriota y del correligionario, la pida por intercesión mía. Dirasle así, como yo soy un caballero principalísimo, de ópimas riquezas, de poderoso influjo, de sangre real si quieres, pero no el Sultán. Ocúltale mi dignidad, niégasela si ella consigue por tantos datos contrarios á mis intentos adivinarla, y cuéntale como yo deseo tan sólo amarla y puedo, por deberme tú oro, lo que quieras, arrancarte la persona del preso á quien daremos libertad y mandaremos á Castilla, pues un enemigo más ó menos, poco importa cuando hay en contra nuestra tal número y tan poderoso y tan formidable. Vé, corre, vuela pronto á la estancia de Zoraya y concluyamos por Alah este asunto.